

Lunes 08/10/2012, Actualizado 18:40h.

La poesía de Rilke en España, un viaje tardío

- La llama rilkeana no prendió en la Península hasta los 40 ante la falta de traducciones.

Andrés Marín Cejudo | MálagaActualizado **lunes 08/10/2012 18:40 horas**

Los vasos comunicantes de la literatura nunca dejan de funcionar, aunque encuentren, en ocasiones, extraños silencios. Conocemos los temas universales que nutren a los creadores de medio mundo, casi en cualquier periodo histórico: la muerte, el amor, el hombre en su existencia y en su trascendencia, las múltiples posibilidades del mero vivir como una fuente que nunca se seca, que fluye sin fin y sin descanso. En esta generalidad, apresurada si se quiere, destacan las diferencias, la capacidad de los autores para enfrentarse de manera original y casi única a los pilares que sustentan su creación. **Rilke fue uno de esos elegidos, un poeta total empeñado en la pura trascendencia** y permanencia de su poesía, en esa casi inacabable formulación de preguntas que no encuentran respuestas más allá de la creación literaria como camino de conocimiento.

Los vastos meandros que, gracias a él, fueron naciendo desde el gran río de los temas universales tardaron mucho en llegar a España, un silencio de decenas de años que cuando al fin se rompió (en los años 40 del pasado siglo, fundamentalmente) provocó una música a la que muy pocos pudieron resistirse. Si España influyó en Rilke decisivamente durante sus viajes, Rilke influyó en España (en su poesía, quiere decirse) de manera clara, **sobre todo en los poetas de la llamada Generación del 36** (Luis Rosales, Leopoldo Panero, José María Valverde, Dionisio Ridruejo y tantos otros) reclusos en el intimismo impuesto por el franquismo y casi abocados a lo que uno de los exponentes de aquel grupo, Luis Felipe Vicanco, llamó el "realismo intimista trascendente", que tanto casa con los versos rilkeanos.

La extrañeza de la tardanza de la 'llegada' de la poesía de Rilke a España, que había publicado sus obras principales entre 1900 y 1923, debe resolverse atendiendo a **la total falta de buenas traducciones de su poesía**, que no llegarían (las traducciones buenas, se entiende, porque malas las hubo antes, pero conviene no tenerlas en cuenta) hasta los años 40, sobre todo con la traducción de Francisco Ayala en 1941 en Buenos Aires (en la mítica editorial Losada) de Los cuadernos de Malte Laurdis Brigge. Con todo, es muy probable que los poetas españoles de la época se hubieran sumergido ya en los versos del praguense por medio de las traducciones francesas que ya circulaban en la Península a finales de los años 30.

Fue en la revista Escorial, sobre la que se articuló la Generación del 36, donde en 1944 aparecieron por primera vez vertidos al español gran parte de las producciones de **un poemario fundamental para aquel grupo, 'El libro de horas', el volumen que más influyó en aquellos poetas** y que fue traducido al castellano precisamente por uno de ellos, Vivanco. Este libro fue "el Evangelio del intimismo poético" de aquel grupo, en opinión del investigador de la Universidad de Granada Federico Bermúdez-Cañete, quien más ampliamente ha estudiado la influencia de la poesía de Rilke en los creadores de aquella generación

inmersa en el franquismo victorioso.

Y ello a pesar de su religiosidad heterodoxa, de su trascendencia al margen del cristianismo, de su oscuridad en torno a las grandes ciudades. **"Rilke canta a un Dios estético que equivale a la capacidad inventora** y creadora del poeta, a su endiosamiento. En vez de someterse a Dios, Rilke cree que Dios necesita de los poetas para ser expresado", explica Bermúdez-Cañete. Rilke inicia uno de los poemas de El Libro de horas con esta pregunta fundamental: "¿Qué será de ti, Dios, cuando yo muera?", para acabarlo con esta otra: «¿Qué harás, Dios? Temo por ti". El libro se cierra con un poema dedicado a las grandes ciudades como enemigas del hombre: "Pues, Señor, las grandes ciudades están / perdidas y liquidadas; / la más grande es huida ante las llamas, / y no hay consuelo para consolarlas, / y su breve tiempo se escurre. / Allí viven humanos, mala y penosamente, / en alcobas profundas, temerosas de gesto, / temblando como un rebaño de corderos lechales; / afuera, tu tierra vela y respira, / pero ellos son y ya no lo saben".

Compárese el famoso poema de Dámaso Alonso escrito en esos mismos años que se inicia "Madrid es una ciudad con más de un millón de cadáveres" y se entenderá que **los vasos comunicantes entre Rilke y la poesía española comenzaron a fluir espoleados por el intimismo**, el pesimismo y la necesidad de trascendencia, y que alcanzaría también a otros poetas de la generación anterior a las del 36, la del 27, que seguían escribiendo y produciendo en el interior o en el exilio, tal que Cernuda o Alberti.

Como explica Noemí Montetes Mairal en su estudio, 'Rilke en Rosales: una influencia esencial entre 1940 y 1951', en el que se analiza el decisivo peso que tuvieron los versos rilkeanos en la poesía del poeta granadino de la Generación del 36, también en Escorial se tradujeron, en 1944, las Cartas a un joven poeta, dos años antes de que llegara la traducción acaso más importante: la realizada por Gonzalo Torrente Ballester en 1946 de los tres Réquiems y de Las elegías de Duino, donde se expone más claramente la metafísica de la poesía rilkeana.

El poeta y editor Carlos Barral, catalizador de tantas cosas en la poesía española, lo corrobora: **"El mito [de Rilke] comenzó a crecer a fines de los cuarenta y cuajó a partir de la traducción firmada por Torrente Ballester**. Luego el rilkismo se extendió como una epidemia, prendió en casi todo el mundo como fiebre literaria, el poeta era citado por todos, saqueado por muchos».

La epidemia de que la habla Barral ya había cuajado antes en los poetas españoles de la Generación del 36, como queda dicho. **Luis Rosales fue uno de los que más atrapados por la propuesta rilkeana** quedaron durante toda su vida. Y uno de los que mejor entendieron al genio praguense. Dice el granadino: «Rilke no sabe lo que pueda ser el hombre y por ello ha de inquirirlo penosamente el problema del hombre como ser singular, del hombre según su esencia universal. Alrededor de este problema gira toda la poesía de Rilke".

Antes de la 'llegada' de Rilke a España, nuestro país tenía a sus propios 'Rilkes' en dos de los máximos exponentes de la poesía en castellano: Juan Ramón Jiménez y su panteísmo, y Antonio Machado con la ética y la estética como caras de una misma moneda. Luis Rosales cree que «el cambio de dirección de la poesía que propone Rilke, que la lleva desde el cambio de lo estético al de lo ético, fue realizado entre nosotros por Antonio Machado, por los mismos años en que Rilke la realizara más allá de nuestra frontera». Los vasos comunicantes de los temas literarios nunca dejaron de funcionar, aunque sufran extraños silencios.